

tes coronas de oro; con su manto lujosísimo, indicando la pretension al dominio universal; sobre la tierra que fué jardín de los Césares, bajo la bóveda que corona y remata la historia moderna; imágen de un santo á los ojos del creyente, imágen á ojos más escudriñadores del sueño de los pontífices, que elevándose sobre la revolucion, sobre la filosofía, sobre la reforma, sobre la constitucion civil de las sociedades modernas, sobre los Concilios, sobre el Imperio germánico, sobre las cordilleras inaccesibles opuestas á su ideal, todavía sueñan con reinar en la naturaleza y en el espíritu, en la conciencia y en el mundo. Dentro de una de las capillas de aquel inmenso templo, el salon del Concilio, arreglado de prisa como si debiera permanecer poco tiempo; sin ninguna condicion acústica para que sus palabras no se oigan; corte del Papa más que Asamblea de la Iglesia. No, no era aquel un Concilio del primitivo cristianismo. El esplendor grande; el lujo de mármoles y bronces en aquellas paredes; la grana, la púrpura, el terciopelo, el brocado, las cruces de oro, los pectorales de pedrería: las mitras sembradas de perlas y diamantes podian darle el aspecto de una Asamblea de sátrapas del Oriente pero no el aspecto de aquellas asambleas congregadas en una antigua catacumba ó en una basilica reciente, compuestas de hombres que en su alma tenian la luz vivísima de la antigua fé y en sus cuerpos las señales deslumbradoras del martirio; libres como el pensamiento, ingenuos como la inocencia, llenos de amor divino, embargados por su puro ideal religioso; que invocaban al Dios del alma, que practicaban las virtudes republicanas de la fraternidad universal, y que vivian y morian por sus creencias, bautizando con sus trémulas manos la humanidad regenerada y transfigurada por la virtud de su palabra. En el Concilio Vaticano todo era exterior mecánico, propio de un mundo que ha perdido la fé en el ideal, y que solo se mueve por materiales resortes. Y sin embargo un

obispo logra conmoverlo, alentarle, sacando de aquellos hombres de mármol una centella del fuego vivificador de las ideas. Y este obispo es medio-eslavo, de los dominios austriacos, grande amigo del Papa, sostenedor de su autoridad temporal, enemigo implacable de las reformas con que se ha querido transformar el clero de su Imperio, y quitar poderío y autoridad á la Iglesia. Todo parecia que lo señalaba á ser el predilecto de los pontífices. Y sin embargo, un dia se levanta trémulo, acongojado, con los ojos llorosos y crispadas las manos; sube á la tribuna del Concilio próxima á derrumbarse bajo el peso de las declaraciones inminentes, tiende los brazos como si quisiera estrechar contra su corazon lacerado todo el género humano, alza la cabeza y la mirada al cielo como si quisiera recoger la inspiracion del Espíritu-Santo; y en latin allí no oido, porque el latin es casi su lengua nativa, como sucede en las clases distinguidas de Hungría, fluye de sus labios con elocuencia, en que se juntaban la idea y el sentimiento, uno de esos discursos, voz de toda una edad, de toda una grande institucion, contra el dogma irracional de infalible Papa, sustituyendo con su persona semi-divina el sublime y providencialísimo ministerio de la Iglesia. Al pronto, los padres oyeron con su natural distraccion; despues se fijaron; más tarde se conmovieron; y por último se entusiasmaron hasta dar gritos desaforados de adhesion y batir palmas como en la última de las Asambleas, como en el último de los clubs. El discurso hirió en el corazon al Pontífice. Y lo hirió tanto más, cuanto que en aquellos dias uno de sus predilectos obispos, el distinguido entre todos, el que amaba como Cristo á San Juan, el cardenal prelado de Babilonia se revolvió en discurso tambien ardiente y aplaudido contra el dogma de la infalibilidad, salida extraña de nadie esperada y que obligó al Papa á repetir las palabras de César en el trance supremo de la muerte: tú tambien hijo mio.

Pero ya veremos en los sucesivos capítulos cómo se consumó la proclamacion del dogma, y por consecuencia la nueva ruina de la Iglesia. Hoy solo nos toca, para ver las relaciones de estos hechos con el movimiento político en general, y con el movimiento republicano en particular, ver de paso las dos grandes figuras eclesiásticas, á las que el Concilio ha lanzado fuera de la Iglesia, y que han traído hondísima agitacion democrática al seno de la humana conciencia.

El uno es sábio, y el otro orador; el uno, versado en las ideas y el otro en los sentimientos; el uno erudito hasta resumir la ciencia eclesiástica con una profundidad propia de los primeros doctores españoles en el siglo décimosexto, y el otro artista al punto de repetir en su palabra los ecos de la elocuencia de Fenelon; ambos á dos lumbreras de la Iglesia y ornamentos de su tiempo, aunque tuviera el uno demasiada pesadez y el otro demasiada ligereza en sus obras. Su conversion ha traído nuevos elementos democráticos á la conciencia de este siglo. Protestando contra la autoridad absoluta en el lenguaje de los tribunales, han derramado gérmenes de republicanismos que no desaparecerán. Volviendo el pensamiento á los primitivos tiempos de la Iglesia, al régimen de discutirlo todo en las asambleas, y de nombrar á todos los representantes de alguna autoridad en pública eleccion, han demostrado que el cristianismo es y será siempre, á despecho de los que han querido convertirle en imperial y cesáreo, una religion esencialmente democrática y republicana. Uno de estos hombres se llama el Doctor Doellinger, y el otro se llama el Padre Jacinto.

Era el Doctor Doellinger estimadísimo en Roma. Sus obras magistrales sobre Historia eclesiástica merecian esta profunda estimacion. Un poco sobrecargadas de noticias y datos, como la mayor parte de los escritos alemanes, algunas veces pasan por sus páginas de bronce relámpagos de verdadera elo-

cuencia. Pero el título principal que tenia á la estimacion de la curia romana era su ardiente libro apologético del poder temporal de los Papas. Es verdad que en este libro usaba de algunos extraños argumentos, nuncios fieles de su radicalismo religioso, como el defender la autoridad política del Pontífice á fin de llegar á la separacion de la Iglesia y el Estado; pero no se curaban de esto en Roma, y admitian el libro como oro, sin mirar la aligacion de otros metales que en sí mismo llevaba. Al libro sobre la autoridad política de los Papas unió otro libro de la superioridad religiosa, intelectual y moral de la Iglesia católica sobre todas las Iglesias. Era un tratado dividido en dos partes, como en dos partes se habian dividido sus discursos sobre el poder temporal de los Papas. En la primera trazaba el estado de todas las Iglesias cristianas separadas de Roma, y las creía á todas ó decadentes, ó disueltas, ó ajenas al puro sentido evangélico, por haberse apartado del puro sentido romano. En la segunda insistia sobre la doble necesidad de mantener el poder espiritual y el poder temporal de los Pontífices, aunque rejuvenecido y afianzado en las reformas políticas. Para Doellinger las Iglesias protestantes cada dia se apartaban más de la fé y de la esperanza. Unos de sus teólogos decian que el catolicismo es la Iglesia de San Pedro, que el protestantismo la Iglesia de San Pablo, y que ahora se necesitaba una Iglesia por la idea y por el amor sobre estas dos Iglesias, ó sea la Iglesia de San Juan. Otros decian que la Iglesia griega habia sido la Iglesia metafísica cristiana; la Iglesia romana habia sido la Iglesia canónica y jurídica; la Iglesia protestante la Iglesia moral; y que se necesitaba una cuarta Iglesia en la cual todas las otras se resumieran y se reconciliaran. Muchos creian que el género humano está decadente, abatido; sus ideas religiosas en eclipse; sus ideas morales en caós; y habia que aguardar una nueva Pentecostés, una aparicion nueva del espíritu di-

vino, que despertara al mundo por milagrosa invocación del sueño de todos los placeres que lo aletarga y lo embrutece. En estas esperanzas apocalípticas; en estas teorías que tanto tienen de leyenda, encontraba el sábio alemán la demostración de cómo se pierde la conciencia humana cuando abandona el polo inmóvil de la autoridad divina y cómo necesitan todas las Iglesias, si no quieren disolverse, tornar al seno de la Iglesia única, que guarda en depósito la revelación cristiana. Pero no se le ocultaban á Doellinger las dificultades de esta reconciliación. El libro, no en su segunda parte, pero sí en su primera, mereció los elogios de todos los prelados, como la demostración más elevada y más clara de la grande superioridad de la Iglesia católica sobre todas las Iglesias disidentes.

Hallábase rodeado, pues, Doellinger de los homenajes universales del mundo católico, cuando Roma convocó el Concilio. Sus dos ideas de la separación entre la Iglesia y el Estado, de reforma en el poder político de los Papas, anunciaban que en la gran controversia se pondría de parte de los enemigos de todo absolutismo. Efectivamente, así que la Asamblea fué convocada, apareció un libro anónimo contra las pretensiones del Papa, contra el programa jesuítico del Concilio; libro que fué atribuido al sábio Doellinger como único capaz de escribirlo tan elevado y tan profundo. Toda la ciencia eclesiástica dió sus tesoros contra el nuevo dogma. La supremacía continúa del Papa fué señalada como una obra continúa de política maquiavélica y de falsificaciones históricas. El escándalo que este libro levantó en unos y el entusiasmo que levantó en otros de los combatientes, probaba lo profundo de su idea, lo intencionado de su propósito, lo ardiente de su carácter batallador y polémico.

Los Papas, según él, no habían jamás podido recabar el dogma de la infalibilidad. Los Concilios de Basilea y de Constanza se lo negaron rotundamente. Sólo algunas palabras

de Santo Tomás habían planteado en el siglo XIII las premisas y algunas complacencias del Cardenal Cayetano, deducido en el siglo décimosexto las conclusiones favorables á un poder tan omnímodo y absoluto. El mismo Torquemada decía que un Papa no puede ser hereje, porque en el momento de abrazar la heregía deja de ser Papa. Cayetano, y sólo Cayetano desirvió de esta suerte á Dios por servir al Papa.

La idea no había nacido con vigor. Al poco tiempo de proclamada en nombre de la Curia Romana, sube al trono de Roma Adriano VI, antiguo catedrático en Lovaina, el cual mantuvo en sus magnas obras teológicas la opinión contraria á la del Cardenal Cayetano, opinión que se hubiera ahogado y perdido como tantas otras extravagancias, á no haber venido, con el advenimiento de La Reforma, una grande reacción religiosa al mundo moderno; reacción señalada por el Concilio de Trento.

A pesar de la oposición del Tostado, grande obispo y fecundísimo escritor español, á pesar de las declaraciones terminantes del teólogo Escobar, y de los informes sobre la Curia Romana de Melchor Cano, Roma y sus Pontífices, con el engreimiento que les daba el poder de España y la sumisión de Enrique IV de Francia, sustentaban la infalibilidad apoyados en los jesuitas y en los ultramontanos que les daban la esperanza de recabar para siempre entre los dogmas fundamentales del Catolicismo ese extraño dogma, propio de los últimos tiempos del romano Imperio. Y como la naturaleza humana es así, los Papas escuchaban desde su trono con arrobamiento las voces confusas de los jesuitas, diciéndole que el Universo tiene sólo un alma, la cual quiere, piensa y siente por él; y que esta alma es el Papa.

Doellinger sostenía que la infalibilidad sólo puede residir en la Iglesia; que es un funesto don para los Papas, expuestos en alturas tan eminentes á caer derribados por el vértigo en

el orgullo de Luzbel, ó en el pecado de Adán. Y de antemano, como quiera que al Concilio le faltaba la condición primera exigida por todos los teólogos, la libertad en sus deliberaciones, protestaba de todos sus acuerdos y decía al mundo, con los ojos puestos en la conciencia y la mano puesta en el corazón, que ninguno de sus acuerdos, ninguno, podía obligar á los creyentes en Cristo y en su divina Iglesia.

En los tiempos de pura y verdadera fé; cuando la conciencia, cansada del Dios-naturaleza contenido en el paganismo, se convertía al Dios-espíritu de los cristianos; en aquellos tiempos, en que la idea estaba más inmaculada y el combate y el martirio más recientes, apenas hay huellas de esa autoridad suprema que luego se atribuyeron los Pontífices en nombre de la ciudad de los Césares, la más fiel entre todas las ciudades á los antiguos Dioses.

En el año 316 un Obispo de Roma fué declarado hereje. En 680 otro convencido de heregía ante un Sínodo. En 431 el Concilio de Calcedonia rechazó las pretensiones del Papa Leon I, encaminadas á recabar una autoridad más alta que la autoridad de los obispos y una superior jurisdicción sobre sus derechos. En pleno siglo décimotercio, cuando comenzaba la decadencia de la fé y renacía la autoridad de la razón; como para organizar la vida religiosa fuertemente, y contra los embates de los siglos venideros, se formuló, sostuvo y divulgó el dogma de la autoridad pontificia. La Iglesia se organizaba mecánicamente en la sociedad á la misma hora, al momento mismo en que se desorganizaba espiritualmente en las conciencias. Le faltaba la fé y acudía á la fuerza, se le escapaba el espíritu humano, y constituía la autoridad.

A esta constitución del Catolicismo habían contribuido en primera línea Gregorio VII en el siglo undécimo; Inocencio III en el mismo siglo décimotercio. Pero los títulos históricos por ellos invocados, eran completamente

falsos. Falsas las decretales de Isidoro Mercator; falsa la donación de Constantino el Grande; estos dos polos de la autoridad temporal y de la autoridad espiritual. Todo se inventó en la colección de Isidoro; decretos de los primeros Papas nunca dados, sentencias de los primeros padres nunca escritas, cánones de los primeros sínodos nunca promulgados ni aun propuestos. Después de nueve siglos de Cristianismo se tejió todo este código de falsedades, con las cuales doraba Nicolás I su tiara. Los obispos romanos pretendían con tan fabulosas historias acreditar la santidad de Roma, cuando por su Senado, por sus Césares, por sus pretores, por las glorias de sus héroes, de sus artistas, de todos sus anales, Roma ha sido, es y será una ciudad esencialmente clásica y pagana.

La Iglesia ha sido la obra de Cristo y los apóstoles; la monarquía en la Iglesia la obra de las falsificaciones canónicas; el absolutismo en esa monarquía la obra de San Ignacio de Loyola y de los jesuitas. Los padres de la Iglesia griega nada dicen de la autoridad suprema del Papa; nada tampoco los Padres de la Iglesia latina. San Agustín, que escribió tanto, que fué como la Enciclopedia, como el resumen de toda la teología anterior al siglo quinto, calla profundamente sobre la superior jurisdicción de la Iglesia romana. El areopagita Dionisio trata en aquellos siglos de la gerarquía y no trata del centro de esa gerarquía, del jefe de todas esas grandes dignidades, no trata del Papa. San Isidoro resume su siglo como San Agustín ha resumido el suyo; lo resume con esa fé ciega en los dogmas, con esa obediencia severa á la disciplina, con ese apasionamiento exaltadísimo que verdaderamente constituyen las bases de nuestro carácter nacional. Los varios representantes de la gerarquía están señalados en sus obras con minuciosidad y con paciencia; Obispos en cuatro grados, Patriarcas, Arzobispos, Metropolitanos, y no menciona el primero y más alto; no menciona al Papa,

prueba evidentísima de que no existía. La superioridad del Papa es obra de falsificación gigantesca, que comienza en la primera mitad del siglo noveno y que se prosigue sin ninguna interrupción, agravándose por todo extremo en tiempo de los dominicanos. Su infalibilidad es obra de otra serie de sofismas que desaguan todos, como los ríos en la mar, en los senos del Concilio Vaticano.

Si el Papa es toda la Iglesia; si su autoridad es como la autoridad misma de Cristo; si su palabra la revelación permanente; si su persona la imagen de Dios casi única en el mundo; si él resume toda la vida del Cristianismo; si puede plagiar la frase de Luis XIV «El Estado soy yo» ¿dónde está la infalibilidad, donde en esas épocas tremendas de guerras entre los obispos, de cismas entre las Iglesias, de tres ó cuatro Cónclaves, de varios Papas que cada cual se cree y se imagina jefe visible de la cristiandad? Miremos la historia, los tiempos de aquel Papa español que excomulgaba al mundo entero desde su fuerte castillo de Peñíscola. Este ejemplo, entre muchos, basta por sí sólo á demostrar que el dogma de la Infalibilidad es uno de los mayores, de los más graves peligros que puede correr la Iglesia. Veamos.

La fuerza de Pedro de Luna, el carácter tenaz le habrían atraído hasta el respeto de sus enemigos. Gregorio XII, papa romano, ofreció al Papa de Avignon una concordia. Disponíase á abdicar si abdicaba Pedro de Luna también. Este convino en tal acto, pero á condición de que Gregorio XII fuese el primero que abdicase. Cuando se hallaban los dos Pontífices empeñados en tales tratos, el rey Ladislao se apoderó de Roma con pretexto de restaurar el Imperio Romano, ¡ah! el Imperio Romano, que no había podido ser restaurado ni por los emperadores bárbaros asombrados de sus ruinas y atraídos por el prestigio de su autoridad, ni por Carlo Magno que creía haberlo resucitado con sus conquistas, ni por los Papas que se imaginaban po-

seerlo bajo la tiara, ni por los emperadores alemanes que llevaban fastuosamente su nombre.

Gregorio XII se creyó fuerte porque poseía una espada, cuando en realidad necesitaba una idea. Seguro de que su abdicación sería pasajera, creó nuevos cardenales destinados á devolverle seguidamente la tiara en las nuevas elecciones. Pero el genio de la discordia penetró en el Vaticano y parecía haberse erigido allí, en el centro de la autoridad, en las regiones de la paz moral, un trono sangriento. Los antiguos cardenales de Roma, heridos por la profusión y prodigalidad con que las altas dignidades eclesiásticas eran reparadas, se apartaron de Gregorio XII y convocaron súbitamente un concilio general para salvar á la Iglesia. Pedro de Luna extremó bajo la amenaza del Concilio las violencias de su carácter y blandió con más fuerza los rayos de su autoridad. Así como el nombramiento de nuevos cardenales había separado al Sacro-Colegio romano de Gregorio XII; las bulas violentísimas, donde la cólera tronaba, separó al Sacro-Colegio avignonense de Benedicto XIII. El Papa de Roma citó un concilio; el Papa de Avignon citó otro. La Iglesia de Cristo se había dividido en dos cuerpos. Pero estos dos cuerpos se hallaban decapitados rodando en distintas direcciones sus cabezas.

En situación tan por extremo angustiada, la voz de los cardenales reunidos en apariencia de concilio debía resonar con más poder que la voz de los Papas. Un movimiento espontáneo hacía las asambleas, notábase en el seno de la Iglesia. Todos creían que solo una libre reunión de sus miembros podía salvar el pueblo de Cristo. Eran aquellos tiempos los tiempos de las asambleas feudales, de las maravillosas Cortes castellanas, de los Parlamentos en Aragon y en Francia, de los Estados en Inglaterra, de las Dietas en Alemania. La Iglesia se había hecho parlamentaria. Siempre, en todos tiempos, cuando un orga-

nismo social se siente tocado de espíritu revolucionario; cuando conoce la necesidad de una reforma, invoca seguidamente una asamblea, á la cual se agarran, como las nubes á las montañas, los vapores de las grandes ideas que relampaguean brillantemente en estas tempestades del espíritu. Veintidos cardenales, cuatro patriarcas, ochenta y siete abades, doscientos representantes de otras abadías, veintiseis arzobispos, ochenta obispos y los diputados de las Universidades de París, Tolosa, Angers, Orleans, Montpellier, Bolonia, Florencia, Praga, Colonia y Oxford, se congregaban. La Iglesia se reunía, no como en Nicea, para buscar un nuevo espíritu que fuera su vida, sino para procurarse la fuerza que nace de la organización. Pisa fué la ciudad donde se reunió este Concilio, que los dos Papas, cada uno desde la sede volcada á sus piés, con igual violencia anatematizaban. Gregorio sostenía que sólo en el Papa estaba la autoridad para convocar los Concilios y en ausencia del Pontífice, por hallarse vacante la Iglesia, sólo en el emperador. El Papa de Roma no había convocado el Concilio; tampoco el Papa de Avignon; tampoco el emperador; por consiguiente era nulo, radicalmente nulo, sin autoridad de nadie, sin derecho para nada, compuesto de rebeldes aquel concilio, que no debía llamarse una asamblea eclesiástica, sino un conciliábulo de conspiradores contra Dios y su Iglesia.

El Concilio de Pisa desoyó los anatemas del Papa de Roma. La verdad es que la unidad, el timbre que la Iglesia Católica ha ostentado siempre con más orgullo se perdía en los tempestuosos oleajes de aquella revolución, en los laberintos de aquella anarquía, en el caos de aquel desorden, sobre el cual cada minuto se amasaban más espesas sombras. Así es que el Concilio no solamente desoyó los anatemas de Roma, sino que depuso á los dos Papas, á Gregorio XII y á Benedicto XIII, al Papa de la Ciudad Eterna y

al Papa de Avignon, declarándoles rebeldes y contumaces en rebeldía.

Había entonces un arzobispo, que pasara días muy amargos, llegando hasta mendigar de puerta en puerta el pan de cada día, en la isla de Creta. Era Pedro Philargus, que á la sazón se asentaba en la alta silla de Milan. Elegido por el Concilio de Pisa tomó el nombre de Alejandro V, y no pudiendo entrar en Roma, se refugió en Pistoja. Sucedia esto por los años de 1409. Por tan extraña manera comenzaba el siglo décimoquinto. Los reunidos para cerrar el abismo del cisma, lo habían agrandado. Tres Papas tronaban desde tres Sedes sobre el mundo desgarrado, arrojando cada uno de sus manos rayos contra sus enemigos y tinieblas sobre todas las conciencias. Gregorio XII era el Papa de Roma, sostenido por el rey de Nápoles. Alejandro V era el Papa de Pistoja, sostenido por el Concilio de Pisa y Benedicto XIII ó sea Pedro de Luna, era el de Avignon, el que mantenía su autoridad con el imperio principalmente de su carácter.

Habiendo muerto Alejandro, fué elegido Papa Baltasar de Couza, con el nombre de Juan XXIII. Mas afortunado que su predecesor entró en Roma, gracias á las armas de los florentinos. El inconstante Ladislao de Nápoles empezó por protegerle y concluyó por expulsarle. Bolonia fué el refugio de este heredero del tercer Pontífice. El Imperio debía reclamar ahora más que nunca su tutela sobre la Iglesia. El emperador Segismundo reclamó la celebración de un concilio general que reuniese las voluntades dispersas y que representase el espíritu universal en la Iglesia. Juan XXIII escogió la ciudad de Constanza, esa ciudad maravillosamente establecida entre Alemania, Francia é Italia, al pié de los Alpes, á la cuna del gran río de las irrupciones del Rin; rodeada de bosques sagrados para el pensamiento humano, mirándose en su celeste lago más claro en verdad que la conciencia, en aquel tiempo de perturba-